

Discurso de Francesco Sepúlveda, egresado del Doctorado de Territorio, Espacio y Sociedad de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo

Estimados y estimadas colegas, amigos y amigas que han ajustado sus rutinas para poder estar aquí hoy acompañándonos, autoridades presentes y rectora de esta universidad. Es un honor poder expresar algunas palabras en una oportunidad tan solemne como esta. Hoy estoy seguro de que la alegría y orgullo que siento al haber culminado este proceso es compartida por todas las personas presentes. Estamos aquí porque logramos superar una prueba sumamente difícil.

Personalmente, escribir la tesis doctoral se sintió como cruzar un largo y estrecho puente que transforma de estudiante a candidato y de ahí a poseedor de ese grado que da el derecho de poner esas letritas antes del propio apellido. Cuando me llaman así, aún me parece que hablan de alguien más que no conozco.

Fue una tarea difícil y solitaria, y no conozco a nadie que haya salido ileso de ella. Algunos convivieron con insomnio, problemas estomacales, somatizaciones, depresión, ansiedad, conflictos con personas cercanas... Todos malestares de los que no queda huella alguna en los textos que publicamos. Piensen en todos aquellos artículos científicos que hemos leído, ¿cuánto habrán sacrificado los autores para escribirlos? ¿En qué condiciones lo habrán hecho? Esa parte de la historia la conocen sólo las madres, padres, abuelos, parejas, hijos, amistades, mascotas que muchas veces comparten algo de esa carga al entregar su tiempo, una palabra de aliento, una escucha oportuna, un pan amasado recién hecho. Lo que quiero decir es que lo que pasa en el backstage, lo que no se ve, es tanto o más importante de lo que finalmente aparece en el escenario a vista de todos. No estaríamos aquí si no hubiese sido por otros y otras. Por esto, agradezcamos a quién no hemos agradecido todavía, a lo mejor esa persona no sabe el bien que nos hizo con un pequeño gesto en el momento oportuno.

Emprender y terminar un doctorado es cruzar un puente hecho de manos amigas, de hombros sobre los que apoyarse a llorar cuando hace falta, de abrazos en los que descansar. Un extenso tejido de amor y cariño en el que estamos inmersos y que debemos seguir tejiendo para las personas que nos acompañan hoy, para aquellas personas que ya se han ido, y para las que aún no hacen parte de nuestras vidas.

Así que esta tarde quiero aprovechar la oportunidad de pedirles cuidarse y cuidar a los demás. Para que no haya hoyos en esa red que nos sujeta a todos. Dar y recibir como las idas y vueltas de la vida, como la respiración misma. Para ello, lo que creo sea lo más relevante es no olvidar que todos, incluidos nosotros los doctores, somos personas completas: no somos y no debemos ser mentes ambulantes, abstractas, intachables, constructoras de conocimientos igualmente desapegados de sus condiciones de producción y reproducción. Tenemos el deber de asumirnos no solamente en nuestras palabras y posiciones como

estamos acostumbrados a hacer en la academia, sino también en nuestros cuerpos y afectos. Rescatemos los aprendizajes de una larga y dolorosa pandemia que nos hizo patentes nuestras vulnerabilidades. No nos olvidemos de nuestros cuerpos simplemente porque no nos duelen, gracias a ellos también estamos aquí. No olvidemos que todos y todas fallamos a veces.

Esto es particularmente importante considerando que, terminada esta etapa, la lucha continúa en el demandante mundo académico. Un mundo que puede entregar tanto satisfacciones como dolores de cabeza por su carácter competitivo y exigente. Los plazos ajustados, la lucha por adjudicarse escasos fondos públicos, la presión por publicar y conseguir un trabajo estable. A veces pienso que tener un pequeño quiosco de helados en la playa no sería tan mala opción dentro de todo. Sin embargo, como me dijo un profesor hace muchos años atrás, tener inteligencia conlleva la obligación moral de utilizarla para hacer el bien y mejorar este mundo. Además, la verdad de las cosas es que si uno ha pasado por un doctorado es porque le gusta este particular mundo. Estudiar, escribir, investigar, dar clases, construir conocimiento, se vuelven más que hábitos cuando hay una pasión y un propósito que los movilizan y le dan sentido.

Lo último que quisiera señalar es que la academia como institución tampoco es una idea abstracta. También está hecha de cuerpos y lugares. Todos los días, personas trabajan desde sus oficinas, salas, patios y computadores para que la cosa de alguna manera funcione. De este modo, quisiera hoy dar un especial agradecimiento a la comunidad de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, a sus auxiliares, funcionarios, estudiantes y profesores. Esta comunidad me aceptó hace varios años, dejándome ser crítico, y permitiéndome construir un trozo de conocimiento desde mis diferencias sin imposiciones. En Japón hay un proverbio que dice: 'clavo que sobresale, se le martilla', y aunque es cierto que las burocráticas estructuras anquilosadas de la universidad están lejos de ser amigables, puedo decir que encontré todo tipo de clavos con múltiples formas de sobresalir, lo que, a mi parecer, es muy útil para tratar de entender un mundo tan diverso como el que habitamos y ser más paciente frente a las diferentes formas de ver y entender al mundo.

Para concluir, les deseo a los y las presentes mucha suerte en lo que se propongan. No les deseo éxito porque ese ya lo consiguieron, y dieron prueba de que son capaces de conseguir nuevos logros en el futuro. Es cuestión de seguir construyendo puentes y luchar para que este tejido siga sujetándonos a todos y todas.

Muchas gracias